

¿Qué es la “aporofobia”? Un análisis conceptual sobre prejuicios, estereotipos y discriminación hacia los pobres

O que é a “aporofobia”? Uma análise conceitual sobre preconceitos, estereótipos e discriminação em relação aos pobres

What is “aporofobia”? A conceptual analysis of prejudice, stereotypes and discrimination in the relation to the poor

Marcelo Andrade

Doutor em Ciências Humanas pela PUC-Rio

Professor do Programa de Pós-Graduação em Educação da PUC-Rio

marcelo-andrade@puc-rio.br

Resumen: ¿Cómo se relacionan los prejuicios generalizadores del tipo “*los pobres son perezosos*”, con sentimientos de miedo o asco hacia los pobres y prácticas sociales de marginalización de los más débiles económicamente? El objetivo de este artículo es hacer una distinción entre los prejuicios, los estereotipos y las discriminaciones, destacando y desvelando sus elementos racionales, emocionales y de comportamiento. Busca mostrar cómo la exclusión de los más débiles económicamente también se construye a través de una falta de reflexión entre elementos del pensamiento, del sentimiento y del comportamiento, en los cuales todos estamos, de una manera u otra, involucrados. Partiendo de la conceptualización de “*aporofobia*” – forjada por Adela Cortina (2000) y profundizada por Emilio Martínez (2002) – como rechazo o temor al pobre, al desamparado, al que carece de salidas, de medios o de recursos económicos, esta investigación intenta entender y desmontar los argumentos de objeción más comunes presentados para la elaboración y la implementación de programas sociales para la inclusión de los pobres.

Palabras Claves: prejuicio; discriminación; estereotipos; *aporofobia*.

Resumo: Como se relacionam os preconceitos generalizadores do tipo “*os pobres são preguiçosos*”, com sentimentos de medo ou asco para com os pobres e as práticas sociais de marginalização dos mais fracos do ponto de vista econômico? O objetivo deste artigo é fazer uma distinção entre os preconceitos, os estereótipos e as discriminações, destacando e revelando seus elementos racionais, emocionais e de comportamento. Busca mostrar como a exclusão dos mais pobres também se constrói através de uma falta de reflexão dos elementos do pensamento, do sentimento e do comportamento, nos quais estamos todos, de uma maneira ou outra, envolvidos. Partindo da concepção de “*aporofobia*” – forjada por Adela Cortina (2000) e aprofundada por Emilio Martínez (2002) – como recusa ou temor em relação ao pobre, ao desamparado, ao que carece de saídas, de meios ou de recursos econômicos, esta investigação tenta entender e demonstrar os argumentos mais comuns de objeção apresentados para a elaboração e a implementação de programas sociais para a inclusão dos pobres.

Palavras-Chaves: preconceito; discriminação; estereótipos; *aporofobia*.

Abstract: How do a generalizing prejudice such as “the poor are lazy” relate to the feelings of fear and repulsion for the poor and their social practices of marginalization since the economic point of view? The goal of this article is to make a distinction among prejudice, stereotypes and discrimination by emphasizing and revealing their rational, emotional and behavioral elements. This article also seeks to demonstrate that the exclusion of the poorest is also constructed by the lack of reflexivity about elements which we are all somehow involved. Departing from the concept of “*Aporofobia*” proposed by Adela Cortina (2000) and further developed by Emilio Martínez (2002) as a fear or refusal in relation to the poor; the helpless; or those who lack alternatives, means or economic resources. Finally this study seeks to understand and to demonstrate the most common means of objection presented for the implementation of social programs aimed at the social inclusion of the poor.

Keywords: prejudice; discrimination; stereotypes; *aporofobia*.

Introducción

La exclusión social – como sinónimo de rechazo, apartamiento, alejamiento – es un tema tan antiguo como complejo en nuestras sociedades, pues involucra distintas y profundas dimensiones de la vida, tales como: una *dimensión personal* que, en general, queda marcada por una baja autoestima de aquellos que la sufren; una *dimensión comunitaria*, en la cual, no es raro, que los más débiles sean el blanco de las bromas, anécdotas, ironías y burlas; una *dimensión social* que se revela en la jerarquía de grupos que imponen su manera de ver el mundo como la mejor o la más correcta y los otros grupos, en consecuencia, son considerados como raros, extraños, inferiores, a causa de sus distintas maneras de vivir; una *dimensión política*, en la cual se observa grupos que poseen más poder para garantizar tanto sus derechos cuanto algunos (o muchos) privilegios y otros que se quedan totalmente fuera del sistema de participación y garantías de los derechos más básicos; una *dimensión histórica*, en la cual constatamos grupos que están en una situación de marginalidad al largo de los siglos, tales como las mujeres, los negros, los homosexuales; entre otras tantas dimensiones de la vida: cultural, económica, jurídica, medios de comunicación, mundo del trabajo y de las profesiones etc.

La exclusión social, además de tantas y tan distintas dimensiones, posee su faceta inmoral, pues ella siempre involucra situaciones de injusticia. Y ante de ello el pensamiento filosófico no puede dar la espalda. La ética – como filosofía moral, o sea, como fundamentación razonable del fenómeno moral – puede y debe ofrecer su colaboración para que se de una mejor comprensión de la discriminación, sus diferentes dimensiones, sus cimientos y sus consecuencias. Además, nada es más específico en la filosofía que aclarar el sentido de los conceptos.

1. Poniéndole límites a los conceptos

Con el objetivo de poner la exclusión social en cuestión, procuraré *re-des-velar* algunas ideas que están *congeladas* bajo tres conceptos que rodean nuestro tema, a saber: *prejuicio*, *estereotipo* y *discriminación*. Estos conceptos están profundamente correlacionados con una visión del mundo que, en verdad, le da los cimientos necesarios para el funcionamiento de su lógica interna. Intentaré mostrar como una manera de verse en el mundo y en la relación con los otros marca, de una manera muy fuerte, nuestra costumbre de rechazar aquellos que son diferentes. Esa visión de mundo es llamada *etnocentrismo*.

2. Etnocentrismo: una visión del mundo

Según Rocha (1984), el *etnocentrismo* es una visión del mundo en la cual uno toma su grupo como el centro de todo y a partir de esta visión todos los demás grupos son evaluados. Si importa la etimología de las palabras, podemos acordarnos que del griego *etno* significa *grupo*, *clan*, *tribu* o *familia*, que añadiendo la terminación *centrismo* se

queda obvio su significado original: *mi grupo al centro*. Lo que sigue también es bien claro: *los demás grupos a la margen*.

Así, los otros grupos son pensados a partir de los valores, de los modelos, de los criterios de cierto y errado, de bien y mal, de justo e injusto, del grupo que se considera el centro. Además de poner en el centro un determinado grupo, *el nosotros*, la visión del etnocéntrica descalifica los demás grupos, funcionando como un pensamiento binario, donde *el nosotros* son los mejores, los más evolucionados, los civilizados, los fuertes etc. En última instancia, los humanos. Mientras que *ellos* son los peores, los inferiores, los subdesarrollados, los salvajes, los bárbaros, los débiles etc., es decir, los que no son plenamente humanos.

En el etnocentrismo, hay una distancia inconciliable entre *nosotros* y *ellos*, que son muchas veces identificados sencillamente como *los otros*. Sabemos que *el otro* es el diferente del *yo*, es aquel que no soy yo, que es distinto de mí, que está fuera de mí, que me es extraño, extranjero de mi existencia.

Como bien sabemos através de la psicología social, la distinción entre las personas es un proceso complejo y necesario para la afirmación de una personalidad libre y autónoma, para la construcción de la identidad. Es en la relación con *el otro*, que *el yo* se descubre distinto, independiente, individuo, persona. Un bebé al nacer se siente uno con la madre y tardará algunos tantos años para percatarse como un ser totalmente distinto de ella. Según Millás (2005:18), *uno se hace en la medida en que deshace lo que le rodea. Se hace cuando diferencia el cuerpo de su madre del propio; cuando distingue el cerca del lejos; cuando intuye el significado de dentro y fuera; cuando separa, en suma, cuando desmonta la realidad como se desmonta un juguete*. De ahí que no hay nada de esencialmente negativo o maléfico en hacer distinciones, separaciones y diferenciaciones.

No obstante, en una visión de mundo etnocéntrica, la distinción no es un reconocimiento del *otro* como persona con la cual *el yo* o *el nosotros* participa de la misma naturaleza y

por eso una sana descubierta de la unicidad de la persona como individuo o de la especificidad de una agrupación humana. En una visión de mundo en la cual *el nosotros* es el centro de todo, *los otros* no son un espejo que desvela una humanidad compartida, sino revela el absurdo de la existencia del *nosotros*.

Según Rocha (1984), el etnocentrismo se construye con preguntas y contestaciones equivocadas. *¿Cómo es posible que sean tan diferentes?* (perplejidad). *¿Cómo pueden pensar, sentir y obrar de manera tan distinta?* (espanto asustador). *¿Estarán ellos en lo cierto? ¿Será nuestra manera de vivir errada?* (duda alarmante) “¡No! ¡La vida de ellos no está correcta, son salvajes, bárbaros y primitivos!” (decisión hostil).

Entonces, la preocupación central con el etnocentrismo puede ser vista como la búsqueda de saber cuales son los mecanismos, las formas, los caminos, por los cuales tantas y tan profundas distorsiones sobre la vida de aquellos que son diferentes de nosotros se hacen y se mantienen en nuestros pensamientos, emociones y comportamientos. *¿Cómo pasamos de la perplejidad inicial para una decisión hostil de rechazo?*

En el etnocentrismo, la diferencia no hace que *el nosotros* crezca, la diferencia no es una riqueza, sino algo que embute miedo, que asusta, que trae sobresaltos y aprensiones, que dispersa desconfianza, pánico y pavor. Tras tamaña incertidumbre, viene el rechazo y el odio. *El nosotros* odia *los otros* porque son diferentes, distintos, raros, extraños, porque la sencilla existencia *de ellos* niega la existencia del *nosotros* como *la* manera – supuestamente correcta – de existir en el mundo. *Los otros* no revelan la humanidad del *nosotros*, sino la deforman.

Para recapitular: en el pensamiento etnocéntrico las diferencias no son una riqueza, igual son entendidas de manera jerarquizada, donde unos son peores y otros mejores, comprendiendo que solamente es posible una manera – supuestamente correcta – de

existir, de entender las relaciones familiares y sociales, de relacionarse con la divinidad o con la naturaleza, de organizar la escuela y la enseñanza, de entender la higiene y el cuidado con el cuerpo, de estructurar los valores y las ideas, de construir el saber y transmitirlo, de concebir la vida y la muerte. En suma, solamente es posible una manera de vivir y esa manera tiene que ser la del *nosotros*. *Ellos* tienen que estar equivocados. Y *el nosotros* debe convencerlos de ello, así fuera necesaria la fuerza.

El fenómeno etnocéntrico ha pasado en muchas ocasiones en la historia de la humanidad, en los malogrados *choques de civilizaciones*: griegos y bárbaros, cristianos y moros, europeos y amerindios, occidente y oriente, sur y norte etc. Choques o encuentros – para ser más suave – en los cuales los primeros son los desarrollados, los civilizados, los mejores y los otros... bien, los otros son *los otros*.

Veamos ahora, como el etnocentrismo se desarrolla en prejuicios, estereotipos y discriminaciones.

3. De la racionalidad floja al comportamiento hostil

El etnocentrismo – esta manera tan propia como común de verse en el mundo y en relación con los otros – se despliega en las diferentes esferas de la vida humana: el pensar, el sentir y el obrar. De esta manera, como toda visión de mundo, el etnocentrismo se concretiza en pensamientos, en sentimientos y en comportamientos.

En la esfera del pensar, *de la racionalidad*, de los pensamientos e ideas; el etnocentrismo puede ser visto como la dificultad de pensar la diferencia como algo admisible y positivo. Aquí entramos en el ámbito de los prejuicios.

En la esfera del sentir, *de la afectividad*, de los sentimientos y emociones; el etnocentrismo puede ser percibido como sentimientos de extrañeza y hostilidad. Este es el

ámbito de la construcción de los estereotipos, de las rotulaciones sin ninguna reflexión, basados solamente en sentimientos de miedo y asco ante las diferencias.

En la esfera del obrar, *del comportamiento*, de las actitudes y acciones; el etnocentrismo puede ser visto como el procedimiento que separa, que excluye, que marginaliza a los diferentes. Este es el ámbito de las discriminaciones propiamente dichas.

Así, el etnocentrismo deja de ser una visión de mundo y pasa a ser un fenómeno que mezcla elementos racionales, afectivos y comportamentales, mezcla pensamiento, sentimiento y acción. Esta mezcla es un fenómeno que se encuentra tanto a lo largo de los tiempos como en nuestras sociedades de hoy, plurales y prejuiciosas.

Veamos más atentamente cada uno de esos ámbitos y cómo se relacionan con los demás.

4. Prejuicio: la contradicción de la racionalidad

Para empezar, fijémonos en la palabra *prejuicio*, que está compuesta de dos partes que ya revelan mucho de su significado: *pre* + *juicio*, es decir, un juicio, una opinión, una apreciación, que se hace antes de cualquier información o conocimiento más profundo. Prejuicios, en suma, son juicios anticipados, son sentencias que no cuentan con ningún juzgamiento reflexivo más elaborado. Los prejuicios son opiniones livianas y arbitrarias, que repetidas innumeradas veces figuran como verdades incuestionables.

Los prejuicios no son, como se pudiera equivocadamente pensar, opiniones individuales, o mejor, son convicciones colectivas construidas tras repeticiones seguidas e irreflexionadas, pero no menos peligrosas y dañinas. El hecho de que sean irreflexionados no los hacen inocentes.

Según Arendt (1999), *la banalidad del mal* no hace que el mal cometido sea menos imputable. Por eso, los prejuicios deben ser considerados como un juzgamiento indigno, pues son fruto de una abdicación inaceptable para quien si quiera plenamente humano, o sea, se abdicar del pensamiento libre y autónomo. Y aquí está la contradicción del prejuicio. Si por un lado los prejuicios se encuentran en el ámbito de la racionalidad, por otro se trata de una racionalidad débil, floja, perezosa.

Los prejuicios no son ideas construidas tras una reflexión libre, crítica e investigativa, que es lo mejor del pensamiento. Por eso, es muy común que los prejuicios se formulen en frases llenas de generalizaciones groseras, tales como: *los moros son violentos, los judíos son avaros, los sudacas son perezosos, los gitanos son peligrosos, las mujeres son débiles, los maricones son extraños* etc.

Estas frases – dichas tantas veces y de diferentes maneras a través de bromas, de reclamaciones, de comparaciones, de insultos y, hasta mismo, de un supuesto nivel de raciocinio – cumplen una doble función en relación con el segundo ámbito tratado aquí, el ámbito de los sentimientos. Los prejuicios contra ciertos grupos de personas al mismo tiempo que surgen de sentimientos de miedo y enojo, acaban también por alimentarlos, creando así un círculo vicioso entre el pensar y el sentir, entre los prejuicios y los estereotipos, con base en el odio y en el asco.

5. Estereotipo: la mezcla del pensar y del sentir

Según el diccionario de la lengua española, los estereotipos son un conjunto de trazos o modelos fijos que caracterizan un determinado objeto, que puede ser un grupo humano en sus aspectos físicos, mentales o comportamentales.

Sin embargo, los estereotipos, tales cuales los prejuicios, son falsos y livianos. Ellos se establecen en sentimientos de miedo, asco y hostilidad, que unos grupos mantienen en relación a otros a causa de alguna diferencia con la cual los primeros se sienten

agredidos, asustados o enojados con los criterios de los otros sobre lo que es cierto y errado, bueno y malo, limpio y sucio etc.

Imaginemos, por ejemplo, las expresiones faciales de una familia europea, blanca y cristiana al asistir a un documental sobre pueblos africanos que se comen las vísceras de monos o de religiones brasileñas que en sus rituales utilizan la sangre del pollo recién abatido como bebida sagrada. No será difícil que alguien de tal familia viendo tal documental diga o al menos piense: *¡Qué asco! ¿Cómo pueden hacer eso?* Y, incluso, con cierta buena voluntad puede intentar una excusa para este comportamiento – supuestamente – tan grosero: *Pobres... Son unos primitivos...*

Del sentimiento de enojo y, algunas veces, de miedo, instaurados básicamente en el desconocimiento y en el rechazo por la diferencia que asalta violentamente los padrones establecidos del grupo del *nosotros*, se pasa a los prejuicios generalizadores.

Hace falta decir que los estereotipos pueden ser negativos o positivos, dependiendo de la perspectiva que se tenga de una determinada característica de un grupo. Así, podemos escuchar *los judíos son avaros* como *los judíos son ahorrativos*; podemos toparnos con frases como *los franceses son muy cultos* como *los franceses son intelectualmente pedantes..*

Negativos o positivos los estereotipos son siempre una caricatura de un grupo, es decir, refuerzan exageradamente una característica en desprestigio de tantas otras, por eso ellos no ayudan a conocer verdaderamente a los otros grupos diferentes del *nosotros*. Los estereotipos siempre empobrecen y desfiguran la realidad de acuerdo con los criterios del *nosotros*.

Además, como ya he dicho, los estereotipos surgen y se alimentan de sentimientos oscuros, sin ninguna reflexión, tales como el miedo y el asco. Por tanto, no deberían ser tenidos en cuenta en un pensamiento que se quiera fuerte, laborioso y cuidadoso.

6. Discriminación: ¿cuándo categorizar no es conveniente?

De la mezcla de sentimientos oscuros y pensamientos toscos para el comportamiento discriminatorio hay una cierta distancia. Ni todos, por ejemplo, que sienten asco al ver una persona tomando la sangre de un pollo llegarán a pensar que los brasileños que lo practiquen son primitivos. Tampoco podemos concluir que entre los que lleguen a pensarlo todos tendrán una postura discriminatoria delante de esos brasileños. No obstante, podemos decir, con total seguridad, que los comportamientos discriminatorios son resultado de un proceso que surge y se desarrolla en las esferas del pensar y del sentir.

Antes de todo, tenemos que *descongelar* la palabra *discriminación*. Discriminar significa esencialmente hacer distinción, separar, categorizar. Cuando uno se refiere a un grupo de personas que comparten algún trazo específico, sea un trazo físico, racial, de opiniones, de personalidad o de religión, hace una generalización necesaria a la rapidez del pensamiento y del lenguaje.

Entonces, se puede decir, por ejemplo, *las mujeres, los orientales, los protestantes, los chavales*. Esta manera de agrupar las personas es algo simplificador porque, aunque sea momentáneamente, ella borra las diferencias individuales para destacar sólo una o unas pocas características de un conjunto de personas. No obstante, no hay nada de negativo en crear algunas generalizaciones, siempre que se tenga consciencia de que se habla de manera simplificadora y que la generalización no sirva nunca para generar estereotipos y prejuicios, tales como: *las mujeres son sentimentales o los chavales son irresponsables*.

Cuando se establecen distinciones que no sólo crean grupos diferentes, pero que también sugieren que unos grupos son mejores y otros peores – a causa del género, de la etnia o de la color, del idioma, de la nacionalidad, de las creencias o opiniones, de la orientación sexual, de la edad o de la capacidad física – lo que se hace, en verdad, es discriminar en el sentido peyorativo que estamos tratando de entender aquí. En esta perspectiva, discriminar no es conveniente.

La discriminación que aquí combatimos, entonces, es resultado de un proceso que disminuye a un grupo de personas en su dignidad humana y ayuda a crear o a justificar abusos contra este tipo de personas.

Pero, no nos olvidemos, la discriminación es una práctica. Por no estar restringida a los pensamientos y a los sentimientos, ella es mucho más peligrosa y merece todo nuestro esfuerzo por eliminarla, porque no podemos legislar sobre pensamientos y sentimientos, pero sí sobre los comportamientos. La discriminación parte de los pensamientos y sentimientos equivocados que *el nosotros* hace sobre *los otros*, pero tiene consecuencias que van más allá, tales como podemos notar en los diferentes tipos de discriminación que tenemos en nuestras sociedades.

La discriminación puede tener muchas formas, tantas cuantas diferencias legítimas puedan existir entre las personas. Las más frecuentes son: por *género*: discriminación a la mujer (sexismo); por la *origen étnica o cultural*: discriminación a los grupos no blancos y de raíces culturales no europeas, especialmente negros e indios (racismo); por la *nacionalidad*: discriminación a los extranjeros o, en general, contra los inmigrantes pobres (xenofobia); por la *orientación sexual*: discriminación a los colectivos de gays, lesbianas, bisexuales, transexuales y travestís (homofobia); por el *credo religioso*: discriminación a los creyentes de religiones no oficiales o no mayoritarias en una sociedad; por pertenecer a *grupos minoritarios*: discriminación a los grupos que, en algún

sentido, están en una situación diferente de la mayoría en una sociedad, por ejemplo, los gitanos y los judíos; por la *capacidad física o mental*: discriminación a las personas que sufren de alguna discapacidad física o mental: ciegos, zurdos-mudos, portadores de la Síndrome de Down etc.

7. La mezcla: pensamiento flojo, odio e intolerancia

La intolerancia asesina es la punta de un iceberg, pero forma parte de un proceso mezclado que incluye las discriminaciones, los prejuicios y los estereotipos. No obstante, sería bueno evitar pensar en yuxtaposición de los diferentes elementos, como si la realidad fuera una sucesión de capas. Mejor no pensar en una lasaña, la realidad en capas. Tampoco nos sirve la imagen de un caldo, donde todo se mezcla y pierde sus formas, sus especificidades. Sugiero, entonces, la imagen de una ensalada, en la cual los elementos se mezclan, aunque mantengan sus características propias. Prejuicios, estereotipos y discriminaciones son distintos elementos que se mezclan, pero tienen y mantienen sus especificidades, tal como he intentado demostrar.

Recordemos también que los prejuicios, estereotipos y discriminaciones no son un tema menor, es decir, que envuelven pensamientos, sentimientos y comportamientos de unos pocos sin mayores consecuencias para los demás. Esa ensalada es bastante indigesta, pues, en general, viene seguida de una intolerancia asesina. No se trata de una cuestión de gustos u opiniones ingenuas, de gentes poco esclarecidas. La humanidad está marcada dolorosamente por la esclavitud de los negros, por el genocidio de los pueblos amerindios, por el holocausto de los judíos, por la persecución a los gitanos, por la criminalización a los homosexuales, por la sumisión de las mujeres y por los actuales conflictos culturales de la inmigración en los países del Norte.

No obstante la importancia de hacer categorizaciones sobre los diferentes tipos de

discriminación, considero que existe uno especial, de mayor alcance, que merece un tratamiento a parte. Se trata de la *aporofobia*, objetivo central de este artículo.

8. ¿Qué es la *aporofobia*?

Aporofobia es un término que tanto Cortina (2000) como Martínez (2002) reconocen que todavía no figura en los diccionarios de la lengua española y quizá tampoco en los de otras lenguas latinas, como el portugués.

Se trata, entonces, de un neologismo que une dos términos griegos: *á-poros* y *fóbeo*. El segundo término ya es bastante conocido nuestro y indica *miedo, pavor, temor o rechazo*, por ejemplo, se halla en los términos *claustrofobia* (miedo de lugares cerrados) o *xenofobia* (rechazo al extranjero). El primer término, quizás totalmente desconocido, significa *pobre, sin salidas, escaso de recursos*. Así, *aporofobia* indicaría el sentimiento de rechazo o temor al pobre, al desamparado, al que carece de salidas, de medios o de recursos.

Bien, la cuestión ahora es un poco más de fondo, ¿para qué sirve un neologismo? En general, un neologismo surge o es forjado para satisfacer una necesidad de la lengua ante dos casos: (1) para designar una nueva realidad o (2) para designar una nueva percepción de una realidad no tan nueva.

Aporofobia es un neologismo típico del segundo caso. La discriminación de los pobres no es ninguna novedad sociológica, por supuesto, pero, hoy por hoy, hay una percepción de distintos matices de exclusiones cuando entrecruzamos los diferentes tipos de discriminaciones, citados anteriormente, con la idea traída a la luz por este neologismo.

Así, corroborando a Adela Cortina, *no marginamos al inmigrante si es rico, ni al negro que es jugador de baloncesto, ni al jubilado con patrimonio: a los que marginamos es a los pobres* (Cortina, 1996, p.70). Lo que Adela Cortina afirma, a mi juicio, es que la categoría *pobre* se hace central para que se entienda los diferentes procesos de marginalización con los cuales convivimos hoy.

A una nueva realidad o a una nueva percepción de la realidad importa ponerle un nombre, porque mientras es indecible es también imperceptible. Nombrar una nueva percepción de la realidad ayuda que esta misma realidad sea mejor comprendida, evitando así distorsiones que acaban por ocultar la verdad de las cosas (Cortina, 2000).

Además, el término *aporofobia* se refiere a una realidad – la repugnancia ante al pobre – que tiene mucha fuerza en la vida social y esta realidad se hace todavía más fuerte y cruel si se queda en el ámbito de la invisibilidad. Si una realidad no es nombrada, percibida, discutida y analizada, por fin, tampoco será comprendida.

Aquí discriminar sí es conveniente, es decir, forjar categorías que nos ayudan a separar las cosas para comprender mejor la realidad. Diría Descartes que importa un pensamiento claro y distinto. Y, a mi juicio, nombrar y analizar es una faena, de las más importantes, de la filosofía. Aunque, tal como Marx, pienso que más que comprender la realidad, importa transformarla. Nombrar y analizar para comprender y transformar. Para eso debería servirnos el neologismo. Bien, intentemos, entonces, trabajar con él.

Si el término es válido, podríamos preguntarnos: ¿Cómo y por qué la aporofobia se establece entre nosotros? ¿Cuáles son sus consecuencias en una sociedad que se quiera democrática?

Según Martínez (2002, p.18), la aporofobia es resultado de un proceso, que, a mi juicio, se podría llamar de *juego de responsabilidades*, pues ella nace de un nivel de conciencia, un tanto oscuro, *que nos recuerda que las situaciones de desamparo son, en cierta medida, una responsabilidad de todos los que estamos acomodados*. Así los pobres, por

su sencilla existencia, nos recuerdan la responsabilidad compartida en nuestro destino común.

No obstante, no es fácil encargarse de esta responsabilidad porque ella nos indica nuestro fracaso moral como grupo humano. Quizás por eso no pocos sectores de la sociedad la rechazan. Excusarse de esta responsabilidad tiene un precio: hay que encontrar a alguien que se ocupe de ella, que la lleve consigo, que asuma su peso. Entonces, en este *juego de responsabilidades*, se echa a los pobres la carga por la miseria que les aflige.

En esta lógica, los pobres son los principales responsables de su propio fardo. Si quisiéramos las *perlas de la aporofobia* podríamos ejemplificar con las frases del tipo: *son pobres por que quieren, son pobres porque son perezosos, son pobres porque no buscan trabajo o porque no quieren trabajar, están en la pobreza porque no se esfuerzan o los peores pobres son los acomodados.*

En resumen, la aporofobia es un sentimiento de rechazo a los pobres, pues la situación que se encuentran reclama a toda sociedad una responsabilidad que no se quiere asumir y la respuesta a esta cobranza es una devolución hacia a las víctimas de la culpa por la situación de pobreza en la cual se encuentran.

No vamos aquí a negar que, en algunos casos, la situación de pobreza quizás tenga su origen en algún tipo de negligencia o de mal planeamiento de los recursos o de algún tipo de acción más o menos voluntaria. Pero, la mayoría de las situaciones de pobreza tiene su origen en causas totalmente ajenas a la voluntad de las personas que la sufren.

De ahí que la aporofobia es más una de esas distorsiones resultantes de una generalización apresurada, típica del pensamiento flojo, débil, perezoso. La aporofobia, como todo prejuicio, es falsa, liviana, arbitraria. Además alimenta sentimientos de miedo hacia a los pobres, pues son supuestamente violentos o violentos en potencia.

La aporofobia hace crecer el sentimiento de asco hacia a los pobres, pues son supuestamente sucios o con pocas nociones de higiene. Del miedo y del asco ya sabemos lo que puede venir. Y, así, tenemos el ciclo entre pensar, sentir y obrar que excluye a los pobres y con una pizca de inmoralidad más, pues *son ellos los culpados por la situación que se encuentran*, bien como son los culpados de los prejuicios que sufren, pues *podían ser más limpios porque pobreza no tiene que significar suciedad o podían educar mejor sus hijos y así no se envolverían en la marginalidad* y desde ahí un largo etcétera de excusas y de responsabilidades transferidas.

Según los filósofos Adela Cortina y Emilio Martínez, la aporofobia es todavía más evidente en sociedades basadas en el contrato, como las nuestras. *En efecto, la clave para comprender la aporofobia es que en la mayoría de los ámbitos de la vida social hay quienes tienen poder para pactar y también hay quienes no lo tienen; algunas personas tienen algo que puede interesar a los poderosos y en cambio otras carecen de interés para ellos* (Martínez, 2002, p.20).

En una sociedad de pactos y contratos, quien no tiene algo que ofrecer como moneda de cambio no puede pactar, son dispensables, son insignificantes, son prescindibles, en suma, no necesarios y descartables. La vida de los pobres no importa para inmensos sectores de nuestras sociedades, pueden morir en centenas de millares que no hacen falta para la economía, para el mercado, para los gobiernos, para la universidad y para muchos ámbitos de la vida social.

Todos sabemos que los pobres no ocupan importantes puestos de trabajo, ni sillas en las universidades, no tienen tarjeta de crédito, no pagan significantes valores en impuestos, no consumen los extraordinarios productos de los magazines. En la lógica aporofóbica, los pobres no tienen nada que ofrecer, además nos molestan con su incómoda presencia que nos acuerda una responsabilidad que, posiblemente, queremos olvidar.

¿Hay salida para la aporofobia? ¡Por supuesto que sí! – debería ser nuestra respuesta. La aporofobia se supera con pensamiento fuerte, laborioso y cuidadoso. Según Urquijo (1994), hay que sacar de la filosofía su que hacer social. Además, se puede superar la aporofobia apostando por una sociedad de solidaridad más que de contrato. La solidaridad – que nada tiene que ver con paternalismo – es la más contundente contestación a la aporofobia, pues es la única respuesta posible a un clamor de justicia que se evoca desde la realidad de pobreza con la cual convivimos, especialmente en los países pobres de África y Latinoamérica.

No obstante con los conceptos prejuicio, estereotipo, discriminación, mi objetivo es analizar algunas iniciativas que buscan superar la aporofobia, bien como el paternalismo, y apuntan hacia la promoción de una renta básica como mecanismo de justicia y redistribución de riquezas. Hay que pensar la realidad e intentar transformarla.

9. La aporofobia y la ciudadanía

En esta reflexión, hace falta registrar que el concepto de ciudadanía durante mucho tiempo ha sido entendido solamente como *pertenencia a un Estado* y como *nacionalidad*. Pero hoy significa también *ser ciudadano* y *tener derechos* (civiles, políticos y sociales) que deben ser garantizados por el Estado Nación de pertenencia.

Así, un Estado como una asociación de iguales y libres despliega también el concepto de voluntad o de voluntariedad como un principio, pues uno no puede pertenecer a un Estado por el simple hecho de haber nacido en un territorio o por descendencia étnica y cultural. Hay que participar de esa nación, formar parte de ella libremente y en condiciones de igualdad. Ciudadanía no significa hoy solamente pertenecer a un Estado,

sino pertenecer a un status (la condición de ciudadano) que implica derechos y deberes, siendo el núcleo para la plena ciudadanía los derechos de comunicación y la participación política.

Recordemos que, en la filosofía política del derecho, compiten dos interpretaciones sobre ciudadanía. Una basada en Locke, conocida como individualista-instrumentalista, y otra, basada en Aristóteles, conocida como comunitarista-ética. La primera se centra en los derechos individuales y en el principio de igualdad. La segunda se centra en el derecho de participación y en los principios de gobernar y ser gobernado. En la ciudadanía lockeana, el individuo se aísla y su relación de pertenencia es con el Estado. En la segunda, el sentimiento de responsabilidad social por todos, incluso los más débiles económicamente hablando, es su fuerza motriz.

La posición jurídica del ciudadano se constituye mediante una red de relaciones igualitarias de reconocimiento recíproco. Exige de cada uno el adoptar perspectivas de participante en primera persona del plural (nosotros) y no sólo la perspectiva de observador, de un observador o actor que se orienta en cada caso por su propio éxito. (Habermas, 1998, p. 627).

Si por un lado, los Estados Nacionales surgieron de las ciudades (antiguas y/o medievales), bajo el signo del nacionalismo, por otro, hoy, los mercados de bienes, capitales y trabajo ejercen una fuerte influencia en la formación de los Estados. Estos elementos contemporáneos tienen su propia lógica. Si por un lado, la lógica imperante era el poder administrativo y las burocracias, hoy la lógica está en el dinero. El poder financiero se ha convertido indudablemente en un *medio anónimo de integración de la sociedad* (Habermas, 1998, p. 629).

En estas sociedades – individualistas y centradas en el poder del dinero – la aporofobia es, todavía, más fuerte. En este sentido, observamos hoy una cierta tensión entre capitalismo y democracia, aunque las teorías liberales intenten enseñar otra cosa o incluso ocultar esa tensión.

Según Arendt (1997), una de las herencias del siglo XX para el tiempo actual sería la presencia marcante de los apátridas (carentes de hogar, refugiados políticos, asilados, inmigrantes y desplazados) y los más débiles económicamente. Sin embargo, la tradición republicana siempre concedió al extraño (los apátridas) y a los pobres la misma condición de ciudadano.

10. Algunas conclusiones: Brasil, aporofobia y programas de inclusión social

Empecemos por considerar, de manera muy general, el programa *Fome Zero (Hambre Cero)* como un conjunto de medidas políticas de redistribución de riquezas adoptadas por el gobierno del presidente Luis Inácio Lula da Silva para combatir la pobreza en Brasil, especialmente su efecto más perverso, el hambre. Es verdad que en los últimos seis años el programa pasó por diferentes reformulaciones, que no serán evaluadas aquí.

Pero, si buscamos los reportajes sobre el tema *Hambre Cero* en algunos de los principales periódicos y revistas de Brasil – para quedarnos en los medios escritos – veremos que los programas sociales de inclusión de los pobres siempre fueron recibidos entre dudas e ironías. Reporteros, empresarios, intelectuales y, como no podía dejar de ser, los políticos de la oposición, comentaron los programas como mera demagogia, populismo, asistencialismo, repetición o equívoco.

Los ejemplos podrían ser sacados de los informativos del *Sistema Globo de Comunicación*, que envuelve cadenas de televisión, periódicos y radios en todo Brasil, bien como podrían ser retirados de grandes periódicos de Río de Janeiro o São Paulo, tales como el *Jornal de Brasil* o *A Folha de São Paulo*. Pero, me centraré aquí en la *Revista Veja*, la más antigua y más grande revista informativa de Brasil en tirajes, con gran penetración en la clase media urbana y desde la cual un cien números de noticias son

reiteradas por los otros medios. Así, no es raro que un periódico o telediario repita la siguiente expresión: *Como afirmó la Revista Veja...*

Con un supuesto discurso de imparcialidad, la *Revista Veja* siempre presentó duras críticas al pensamiento de izquierda y en los últimos años a las iniciativas del del gobierno de Lula. En esta lógica, la revista ha defendido que *Hambre Cero* es limosna y que el pueblo quiere y necesita una oferta de empleo, trabajo y no caridad del Estado. Columnistas como Tales Alvarenga, Claudio de Moura Castro y Diogo Mainardi afirman y reafirman, semana tras semana, que el gobierno es inerte, que los programas no funcionan, que generan dependencias, que alimentan una casta parasitaria entre los pobres y, que además, no llegan a los que verdaderamente necesitan.

Podría seguir innumerando los ejemplos, pero mejor preguntarse ¿dónde viene tamaña resistencia a la sencilla idea de transferir renta a los más pobres?

En primer lugar, hay que recordar que el presidente Lula es el primer jefe de Estado en Brasil que no tiene estudios superiores, quizás uno de los pocos en la historia reciente de los grandes países. Lula es hijo de la pobreza. Fue operario, sindicalista y después diputado. Ha intentado llegar a la presidencia durante 16 años y sólo ha logrado en la cuarta tentativa después de muchos cambios en su propia imagen, que ahora es más serena, conciliadora y no tan militante como antes. Su trayectoria es muy distinta a la de los otros presidentes que tuvo Brasil. Definitivamente, Lula y su gobierno se han visto en la necesidad de realizar muchos cambios para agradar un poco más a las antiguas y bien establecidas elites de Brasil.

Así, el *barullo* generalizado en los medios de comunicación – en especial en la *Revista Veja* – es bastante comprensivo si tenemos eso en cuenta, pues, en verdad, representa viejas y malacostumbradas elites que obviamente influncian en el pensamiento de buena parte de la clase media y de significativos sectores de la población más pobre.

Se suma a todo eso, el rechazo hacia a los pobres, tan característicos en países con tanta desigualdad social como es Brasil, la ya comentada *aporofobia*. Es un pensamiento bastante común en Brasil que los pobres son, en última instancia, los responsables por la situación en la cual se encuentran.

No obstante, hace parte también del censo común que los pobres merecen una ayuda, necesitan una oportunidad para sacar la vida adelante. Pero, este sentimiento de incipiente solidaridad viene bastante marcado por la sensación que ni todos merecen ayuda, que quizás la gran mayoría sea mismo perezosa, indolente, desmotivada y parasitaria. La idea comúnmente aceptada es que el pueblo merece trabajo y no limosna. No es raro que la situación de los niños de la calle y de los trabajadores rurales sin tierra sean comprendidas con una mezcla de duelo y duda. Es una mezcla de *debo ayudarles pero, ¿no estarán aprovechándose de la situación de pobreza en la que están para quitarnos dinero?*

Además de la desconfianza sobre la responsabilidad por su situación, los pobres son el blanco de constantes bromas en importantes programas de humor de la televisión de Brasil. Frases supuestamente humorísticas del tipo: *Pobre tiene que morir* o *Yo odio a los pobres* se hicieron verdaderos bordones en las últimas décadas. Son bastantes comunes los programas y personajes – supuestamente – humorísticos que vulgarizan la manera de vivir de los pobres, como organizan la casa, como establecen su relaciones familiares, como hablan o se visten. Hoy por hoy, uno de los dos programas de humor más vistos en Brasil es sobre los pobres, sobre una familia de la periferia urbana de Río de Janeiro ¹.

Este clima de sutil banalización de la pobreza y de culpabilización de los pobres por la injusticia social que padecen favorece, sobremanera, a la distorsión de la real situación de

¹ Me refiero al programa “*A Grande Família*”, de la “*Rede Globo de Televisão*”.

privación, carencia y miseria en la cual vive significativa parte de los brasileños/as. La pobreza hoy conlleva una dificultad que es la percepción real de la gravedad del problema. Así, la pobreza en Brasil es un reto tanto para una justa distribución de la renta como también es un reto para aquellos que buscan afrontar el tema de como es percibido el problema, a fin de lograr una movilización ciudadana para su erradicación.

Ejemplo de la destorcida percepción de la realidad y de la baja participación en los procesos de erradicación de la pobreza es el relativo fracaso de los consejos ciudadanos propuestos por el gobierno para fiscalizar la *Beca Familia*². Quizás, muchos fraudes serían evitados se hubiera, además de la fiscalización del gobierno, una efectiva fiscalización ciudadana a través de los consejos propuesto por el Ministerio de Desarrollo Social a la ciudadanía.

Desde esta visión destorcida de la realidad, un tanto miope, un tanto huidiza, cabe el labor de la filosofía, poniendo límites en los conceptos, como es el caso de la aporofobia y de todos los demás conceptos que ella conlleva, construyendo así un pensamiento que sea más fuerte, cuidadoso y laborioso, para ayudar a afrontar estos retos y a transformar la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARENDDT, Hannah. *Entre o passado e o futuro*. São Paulo: Perspectiva, 1997.

_____. *Eichmann em Jerusalém: um relato sobre a banalidade do mal*. São Paulo: Cia das Letras, 1999.

CORTINA, Adela. *Ética*. Madrid: Santillana, 1996.

CORTINA, Adela. “Aporofobia”, en *El País*, 07 de Marzo de 2000, p. 16.

² “Bolsa Familia”. Programa social que forma parte del “Hambre Cero”.

HABERMAS, Jürgen. *Facticidad y Validez*, Madrid: Editorial Trotta, 1998.

MARTÍNEZ, Emilio. “Aporofobia”, en CONILL, Jesús. (coord.) *Glosario Para una Sociedad Intercultural*, Valencia: Bancaja, 2002, p. 17-23.

MILLÁS, Juan José. *La diferencia entre el dedo y el pezón*, en *El País*, 08 de Agosto de 2005, p. 18.

ROCHA, Everardo. *O que é etnocentrismo?*. Rio de Janeiro: Editora Brasiliense, 1984.

URQUIJO, Martín. *Razón comunicativa: opción en la relación hombre-sociedad*. *Revista de Humanidades*, Universidad Industrial de Santander, vol. 23, n. 2, julio-diciembre, 1994.